

La última noche de Amy Winehouse

Pablo Espinosa

Son las dos de la madrugada del sábado 23 de julio de 2011 y en el barrio londinense de Camden pocos logran conciliar el sueño porque el tam tam y el taca taca tsss tsss pum de una batería a todo lo que da hace contrapuntos estentóreos con una voz que aleja el enfado de los así insomnes porque se trata de una voz fuera de serie.

Agría y dulce, ácida y amable, de tonos oscuros pero siempre brillante, esa voz encandila al barrio entero.

Pero ya ha sido demasiado, considera Andrew, el guardaespaldas de Amy Jade, quien le dice: cállate, y ella obedece y suelta sobre el parche del tambor las baquetas que por la inercia de la vibración, que duró horas, siguen bailando unos instantes mientras ella se pone de pie y Andrew, desde la habitación de abajo, escucha sus pasos que van y vienen, van y vienen por la habitación, hasta que ella cae, dormida.

Amy Jade nació con grandes poderes el 14 de septiembre de 1983 y durante 27 años los ejerció y pagó el costo que tales talentos implicaron: voz de ángel, demonios cruentos dentro de sí.

Tenía 13 años cuando solicitó una beca en la Sylvia Young Theatre School, con la siguiente carta, que rescataron Robert Ziehe y Fernanda Loureiro en su libro titulado *Amy Winehouse. If I died tomorrow, I would be a happy girl* (Smashwords Editions, 2011):

Quiero ir a un lugar donde pueda estirarme hasta el límite y quizá más allá de mis límites. Cantar durante las clases sin que nadie me diga: cállate (además de que son clases de canto). Pero, ante todo, sueño con ser muy famosa. Trabajar en el escenario. Es la ambición de toda mi vida. Quiero que la gente escuche mi voz y se olvide

durante cinco minutos de sus problemas. Quiero ser recordada como una actriz y como una cantante, que dio conciertos con localidades agotadas. Quiero ser recordada por ser simplemente yo.

En su libro *Amy Amy Amy. The Amy Winehouse Story*, Nick Johnstone traza, en 569 páginas, el arco de vida y muerte de Amy Jade, a partir de una fotografía que lo impactó: el domingo 2 de diciembre de 2007 afuera de una residencia en Bow, East London, en medio del frío y la oscuridad, ella está de pie, descalza, enfundada solamente en apretados jeans y brasier rojo, su pelo largo ondulaba al viento y sobre su corazón se lee la leyenda de un tatuaje: *Blake's pocket; Blake, Blake Fielder-Civil*, estaba encarcelado en espera de ser juzgado en el momento en que fue tomada esa foto.

El rostro de Amy Jade en esa foto es la mismísima estructura de la desolación. Ínglima y sola, en medio del frío y la oscuridad en plena calle, nuevamente abandonada, descubijada. Tan bella y tan vulnerable.

Amy Winehouse solamente vivió 27 años, tan sólo grabó dos discos, pero cantó como si tuviera 44 años, vivió como si hubiera vivido noventa y dejó estupefactos a todos aquellos que la oyeron cantar en vivo y llenó de fascinación a legiones que compraron los más de 23 millones de discos que vendió en vida.

Amy Jade es una joya.

Su arte es un compendio. Reúne en su amplísimo registro canoro los estilos de Billie Holiday, de quien aprendió el arte de la fatalidad, del cataclismo; Ella Fitzgerald, de quien tomó el arte de la sutileza; Dinah Washington, de quien extrajo la energía brutal que se necesita para con-

mover, verdaderamente conmover a todo aquel que tenga oídos para escuchar, ojos para llorar, corazón para sentir; Erykah Badu, de quien tomó el ímpetu del ritmo, el pulso cordial; Macy Gray, de quien supo cómo cantarle a todo momento aquel en que el alma tremola por algo que sucedió en la vida cotidiana, algo simple y común, pero que hace necesario restañar la herida y esa fue la razón de ser, la razón por la que Amy Winehouse cantó como nadie más va a volver a cantar jamás, porque ya está muerta.

Su destino trágico era una ecuación muy simple pero costosísima: para poder conmover a quien la escuchara, necesitaba hallarse en un estado de sufrimiento atroz. Así, era sincera, hablaba con autoridad moral, con conocimiento de causa. Destrozada, hecha pedazos. Pero sonreía.

Su sentido del humor era fantástico. Sus bromas musicales pasan desapercibidas por muchos que ven en ella la estrella pop que nunca fue, la reina del *mainstream* que nunca quiso ser, la celebridad a pesar de sí misma.

Por eso su voz es conmovedora.

Lo único que quería era hacer música, ser creativa. Conmover.

Las letras de sus canciones son muy sencillas. Sus hallazgos poéticos, la composición sintáctica, la prosodia y el juego de palabras tienen un ejemplo clave en los siguientes versos:

*We only say goodbye with words
I died a hundred times
You go back to her
And I go back to black*

El interlocutor es Blake Fielder-Civil, “her” es la novia del susodicho y “black”

es el infierno de las adicciones a las drogas, el alcohol, la depresión, los desórdenes alimenticios (“soy entre bulímica y anoréxica”, se definía), la inseguridad, la falta de autoestima...

Siempre fue consciente de lo que vivía: “sé que no debería haberme involucrado en esa relación, porque Blake era novio de una de mis mejores amigas”.

Blake fue su perdición. Por eso su mirada perdida en la fotografía de la noche del arresto de Blake. En la foto se nota claramente, además del mencionado *Blake's pocket*, a la derecha de su ombligo expuesto, una ancla tatuada, con remate en la cola la frase *Hello, sailor*. Sus uñas, de las manos, de los pies, pintadas de rojo intenso. Su ropa interior negra. El viento frío. La mirada de dolor. Dolor emocional, su signo.

Era esclava de su corazón.

Por eso se tatuó encima de él: “el bolsillo de Blake”, su tatuaje número 12, el primero de los cuales se hizo cuando tenía 15 años de edad: la efigie de Betty Boop, en la espalda.

En el antebrazo, una mujer desnuda de grandes senos al aire. Cuando Amy Jade gesticulaba levantando los brazos, los se-

nos rebotaban. Los de ella y los de la mujer en su tatuaje: un autorretrato.

Sus canciones de ruptura también fungían a manera de autorretrato.

Y retrataba así, a su vez, a los demás.

Su celebridad descansó en *Back to Black*, su segundo y último disco, que contenía una canción que batió récords de ventas: *Rehab*. Prácticamente una broma, una declaración civil: acudió solamente 15 minutos a una clínica de rehabilitación contra la adicción al alcohol, sólo para que le dieran esta respuesta: “no eres alcohólica”. Y siguió bebiendo.

Esa canción documenta, a su vez, la era en que todos los periódicos de chismes se solazan con las entradas y salidas que hacen las celebridades en las clínicas de rehabilitación: Lindsay Lohan, Britney Spears, Robbie Williams, Pete Doherty y especialmente Kate Moss.

Pero Amy Jade no encajaba en el departamento “celebridad”. Era una chica tímida, insegura, llena de miedos y problemas emocionales y que lo único que quería era cantar.

Los “medios de comunicación” la devoraron, la descuartzaron, la abrieron en canal.

Amy Jade personificó los versos en los que Bob Dylan la intuyó, antes de que ella naciera:

*She takes just like a woman
She makes love just like a woman
And she aches just like a woman
But she breaks just like a little girl*

Desde que nació tuvo a la música como su única aliada verdadera. Tenía nueve años cuando sus padres se separaron y ella tomó esa experiencia como el primero de los innumerables abandonos en su existencia.

Su padre, en las pocas ocasiones en que no estaba ausente, le cantaba a la manera de Sinatra y Amy Jade cantaba todo el tiempo, tanto que la maestra en clase siempre le ordenaba callarse.

Su tío Leo era trompetista profesional, mientras la abuela paterna, Cynthia, estaba muy ligada con Ronnie Scott, el saxofonista que fundó el ahora famoso club de jazz en el Soho de Londres.

Su madre escuchaba a Carole King, mientras la niña Amy Jade se obsesionó con Michael Jackson. No sabía si quería ser él o casarse con él y luego cambió a Michael por Madonna: “escuchaba la *Immaculate*



Amy Winehouse

Collection todos los días, hasta que cumplí once años y luego descubrí a Salt’N’Pepa y TLC”.

Se familiarizó con las letras fuertes, femeninas de esos grupos de rap. Fue cuando las Salt’N’Pepa lanzaron sus sencillos “Let’s talk about sex” y “What a Man”. Lo directo de las letras impactó a Amy. “Mis primeros modelos fueron Salt’N’Pepa y Lisa *Left Eye* Lopes. Eran mujeres que no tenían miedo de los hombres y obtuvieron lo que querían y hablaban también de las chavas que no les gustaban. Eso era padrísimo (*cool*)”.

A los once años saltó al jazz clásico, mediante una epifanía. Una tarde estaba tumbada en su cama, deprimida, cuando a través de la pared escuchó algo que cambió su vida: su hermano, Alex, estaba escuchando *’Round Midnight*.

Miles Davis la condujo a Ella Fitzgerald: “de ella aprendí la sutileza”, a Sarah Vaughan: “usa su voz como un instrumento y eso me inspiró mucho porque me hizo darme cuenta de que un suspiro puede ser más efectivo que simplemente sacar notas hechas nudo”.

Además del rap, el hip hop y las grandes cantantes de jazz, Amy Jade extendió sus modelos hacia los grupos femeninos como The Ronettes, The Temptations, The Supremes, The Shirelles, Martha and The Vandellas y cantantes tan efectivas y de compromiso social como Lauryn Hill y también Macy Gray, Shirley Bassey, Aretha Franklin, Nina Simone.

Lou Reed figura entre sus modelos musicales más importantes.

Los dos álbumes que grabó Amy Jade son un compendio de belleza y una enciclopedia de música, donde aparecen y desaparecen todas las influencias mencionadas pero, lo que es muy importante, la voz de Amy Jade es única, irrepetible, poderosa, muy poderosa, sumamente original.

Lo mejor de Amy Jade son sus improvisaciones. Su manera de improvisar es sumamente inteligente. Arrastra notas, de pronto las sostiene y las suelta con una elegancia de vuelo de ángel. Mantiene a flote notas bellísimas y uno escucha y ve el vuelo de una mariposa.

Vuelo de ángel. Con demonios cruentos dentro de ella.

A los doce años de edad comenzó a tener crisis depresivas y signos evidentes de bulimia.

Pero siempre sonreía.

Cuando grabó *Frank*, su primer disco, era una muchacha sencilla, una flor natural. Una delicada mariposa.

El éxito abrumador de *Back to Black*, su disco segundo, la fulminó.

Pasó de ser, con su primer disco, parte del renacimiento del jazz, junto a Norah Jones, a una de las reinas del *mainstream*. Y cambió por completo su apariencia. Y sus relaciones tormentosas la empujaron al vacío. Su marido se aprovechaba de ella, de su dinero. Su padre la convirtió en mercancía. Su marido la llevó a las drogas duras.

Cuando logró dejar las drogas, se dedicó por completo al alcohol. Tres años sin drogas, tres semanas sin alcohol. Y el cataclismo.

Cancelaciones de conciertos. Cacería sin piedad a cargo de los *paparazzi*. El asedio es implacable. Sin misericordia. Carne de cañón. Carne flaca. Amy Jade pierde peso de una manera lastimosa. Duele.

Su condición de ángel en picada lo documentó para la posteridad Asif Kapadia en su excelente documental *Amy*, para Netflix: hela ahí, perdida en el escenario, completamente alcoholizada en Belgrado, en una gira que ella no quería hacer pero la emborracharon, la subieron al avión y la empujaron al escenario.

No canta. Todos la abuchean. Ella no está aquí. Está en un limbo. La cámara se acerca en un *close-up* que congela la imagen para siempre: ella sonríe, dulcemente sonríe a la cámara. Es la sonrisa de una niña inocente y buena. Amy Jade sonríe como en una graciosa travesura. Sonríe. Solamente los ángeles son capaces de sonreír así.

Ahora estamos en el barrio de Camden. Luego de una madrugada de batería y canto y pisadas incesantes hasta que Amy Jade cayó, dormida.

Andrew, su guardaespaldas, subió a la habitación de Amy Jade a las 8 de la mañana del sábado 23 de julio de 2011. La vio dormida. Salió en cuclillas, “para no despertarla”. Pero a las 4 de la tarde le parecía que ya era mucho dormir. Al aproximarse al lecho, le pareció extraño que ella siguiera en la misma posición de en la

mañana. Cuando notó que ella no respiraba, soltó la alarma. Amy Jade llevaba horas muerta.

Acudieron dos ambulancias, un paramédico en bicicleta y muchos policías. Dos de ellos encontraron tres botellas de vodka vacías en la habitación.

En su valiente libro de 459 páginas, *Loving Amy. A Mother’s Story* (Thomas Dunne Books, St. Martin Press, New York), Janis Winehouse relata la última noche de Amy Jade: “la veía desintegrarse enfrente de mí y yo no podía hacer nada al respecto. La perdí dos veces, la primera cuando se perdió en las drogas y el alcohol, la segunda cuando murió”.

Amy Jade intuía que estaba por morir. Pero se aferraba a la vida. La última noche con su madre, intentó ponerse de pie para abrazarla, pero sólo alcanzó, desde la silla, a colgarse con sus brazos de la nuca de su mami: “perdóname, mami, te amo”. Janis cita en su libro el veredicto judicial: Amy Jade murió por envenenamiento con alcohol: 416 miligramos de alcohol por 100 mililitros de sangre, cinco veces el máximo de un alcoholímetro. Dosis fatal.

Aunque Mitch, el padre, altera esos datos en su libro de 376 páginas: *Amy, My Daughter* (itbooks), en el funeral conmovió a todos con su discurso que termina así: “Buenas noches, ángel mío. Duerme tranquila. Papi y mami te amarán por siempre”.

El sepelio culminó con una canción, en los altavoces, de Carole King: “So Far Away”, la canción favorita de Amy Jade (“It doesn’t help to know / you’re so far away”).

Todo se había desencadenado de manera repentina: Amy Jade llena de proyectos. Preparaba su tercer disco. Tenía en su habitación una batería porque, “para cantar mejor, debo estudiar más, aprender a tocar otros instrumentos”. Quería tener hijos. Ser feliz.

Pero todo se desencadenó como un cataclismo, Andrew soltó la alarma y acudieron ambulancias y policías y, ángel mío, la última escena ocurre, como al principio, en plena calle, entre el frío y la oscuridad. Ahí te llevan, mi pequeña, dentro de una bolsa forense sobre una camilla. Destrozada, fulminada, aniquilada.

Amada Amy Jade, pequeña, cariño, ¿qué te hicieron, mi niña? **U**